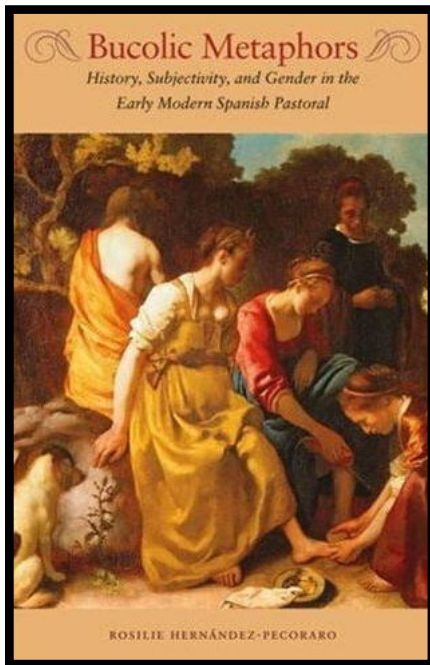


Hernández-Pecoraro, Rosilie. *Bucolic Metaphors: History, Subjectivity, and Gender in the Early Modern Spanish Pastoral*. North Carolina Studies in the Romance Languages and Literatures, 287. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2006. 263 pages.
ISBN: 0-8078-9291-2

Reviewed by Lourdes Albuxech
Southern Illinois University, Carbondale



Estudios como el de Barbara Mújica, *Iberian Pastoral Characters* (Washington, D.C.: Scripta Humanistica, 1986) o los de Bruno Damiani, *La Diana of Montemayor as Social and Religious Teaching* (Kentucky: University Press of Kentucky, 1983) y, en colaboración con Mújica, *Et in Arcadia Ego: Essays on Death in the Pastoral Novel* (Lanham: University Press of America, 1990), desplazan la consideración de los libros de pastores como literatura puramente escapista y subrayan, en cambio, los aspectos ‘realistas’ de la narrativa bucólica española. Partiendo de la premisa de que el contexto sociohistórico funciona como subtexto de la novela pastoril, Hernández-Pecoraro examina cómo dicha ficción filtra y encara preocupaciones latentes e ideologías manifiestas de la época para hacerlas más agradables al lector. Siguiendo el modelo teórico planteado por Fredric Jameson

(*The Political Unconscious. Narrative as a Socially Symbolic Act*. Ithaca, NY: Cornell University Press, 1981), Hernández-Pecoraro fija su atención en los procesos de ‘narrativización’ y simbolización de diferentes conflictos sociales, políticos y económicos practicados en obras como *La Diana* de Jorge de Montemayor o *La Galatea* de Cervantes. La pastoral ibérica se convierte así en metáfora –a veces imperfecta– de la misma historia y cultura que la ven nacer en el XVI.

En el primer capítulo, Hernández-Pecoraro explica con detalle cómo la novela pastoril, y más específicamente *La Diana* de Montemayor y *La Galatea* de Cervantes, alude a un entorno histórico problemático, idealizándolo y convirtiéndose así en símbolo del mismo. La reconfiguración metafórica de la traumática existencia social en forma de espacio armonioso está guiada por valores aristocráticos y patriarcales, si bien a veces se cuelan elementos –instancias de violencia o pasajes ambiguos– desestabilizadores de ese espacio ficticio social tipificado y socavadores de esa misma ideología hegemónica que pretenden arropar.

Igualmente, la ficción pastoril narrativiza el papel de la mujer en la sociedad. No hay rastro de su poder socioeconómico. La amada es sublimada *ad nauseam* en estos libros que tienen, por tanto, una función ideológica docente, pues brindan al lector un modelo prescriptivo de conducta femenina. La participación activa de las pastoras está limitada e incluso cuando se menciona a mujeres destacadísimas en la vida política europea, como María de Hungría y Juana de Portugal, se canta su belleza y sufrimiento, omitiendo cuidadosamente cualquier referencia a su papel en lo político, lo económico y lo social. Prevalecen así los valores patriarcales. La narrativa pastoril es escuela de comportamiento para las lectoras de la época y no evocadora de ideas profeministas. Al parecer, lo que agradaba a las lectoras era la idea de verse adoradas y servidas por sus amantes y no la supuesta independencia de las pastoras.

Hernández-Pecoraro dedica el segundo capítulo a la subjetividad y a la comunidad pastoril. En cuanto al primero de estos aspectos, también se presenta en la pastoril como algo coherente e idealizado, desnudo de los conflictos propios de la existencia social del ser. El pastor-poeta canta sus aflicciones amorosas ante un auditorio y en un entorno prístino del que se hace eco. Su perfección se ve aumentada, además, porque adora a un 'otro' sublime, cuya ausencia o rechazo refuerzan la constancia y virtud del amante. El pastor elogia a la amada sin reconocer su complejidad o sus deseos, sino abstrayéndola. La amada es un espejo en el que se mira el amante, y que le devuelve una imagen de sí mismo perfeccionada y pulida. Es en este sentido que Hernández-Pecoraro describe al pastor como sujeto narcisista, sirviéndose de las teorías de Freud y Lacan. Cuanto mayor la pena del pastor, más se ennoblece y se completa. La amada se construye como bella y casta, lo que imposibilita la consumación de estos amores. La actuación del pastor se halla en consonancia con la filosofía neoplatónica, que considera que la pérdida de perfección que caracteriza la condición humana se remedia a través de la adoración de lo bello.

Pero más que la amada, el pastor-poeta desea la compañía de sus compañeros, con quienes forma una comunidad bucólica homogénea, que excluye o deja entre bambalinas el matrimonio e integra a los desamorados. Estas comunidades experimentan una suerte de narcisismo colectivo en tanto en cuanto comparten un mismo objeto cuya perfección reviste asimismo a los adoradores, completándolos. Dichas agrupaciones funcionan, además, como sustituto simbólico de las dificultades por las que atravesaba la sociedad española aurisecular.

Si la amada es el espejo que devuelve al amante una imagen ideal de sí mismo, sus versos le sirven para convertirlo en perfecto poeta y para refinar igualmente a su auditorio, formado por miembros de su comunidad pastoril. La poesía sirve como vehículo de cohesión de esa comunidad. La práctica poética es, además, un ejemplo de lo que Freud llamó sublimación, la búsqueda de un conducto alternativo para la canalización de la libido.

Se brinda al lector el dibujo de una civilización perfecta, en la que la producción poética prima sobre cualquier otra cosa, donde los hombres son acabados rapsodas y las mujeres son perfectas fuentes de inspiración; donde no se conocen tensiones de

clase, raciales, sexuales ni religiosas. Pero la metáfora no siempre es capaz de reprimir del todo el referente histórico. En numerosas ocasiones topamos, directa o indirectamente, con momentos que ponen de relieve la tácita corruptibilidad del *locus amoenus*. La armonía bucólica se desestabiliza claramente con la acción lúbrica de los sátiros en *La Diana*, o con el asesinato de Carino en *La Galatea*, pero también las mujeres que con su actuar presentan una versión diferente de la feminidad contribuyen a agrietar esa sociedad idílica, y a ellas se consagra el tercer capítulo del libro.

Si a simple vista pudiera parecer que los brotes dispersos de agencia y subjetividad femenina en los libros de pastores desbaratan la idea de que estas novelas promueven una ideología patriarcal, no es así, ya que el sistema social pastoril eficazmente consigue refrenar elementos desestabilizadores de la fantasía bucólica que, como demuestra Hernández-Pecoraro, ya existían en la segunda égloga de Garcilaso.

La eclosión de voces femeninas en *La Diana* no tiene precedente en la literatura española, y es por ello que algunos juzgaron la obra como profeminista si bien, como explica Hernández-Pecoraro, domina el punto de vista masculino. De hecho, las instancias de agencia femenina son por lo común ignoradas por la voz narrativa y por los personajes masculinos. Por un lado, estos brotes de subjetividad femenina se convierten en fantasmas del subtexto histórico que se intenta reprimir y revelan las imperfecciones en el tejido pastoril. Por otro, incorporan fantasías pastorales donde sí cabe la alteridad. Estas metáforas bucólicas alternativas (que admiten la agencia femenina o el deseo homoerótico) apenas despuntan en *La Diana* para ser contenidas de inmediato, pero su presencia socava la topografía pastoril.

En *La Galatea* son muchas las mujeres que expresan abiertamente su deseo y actúan en consecuencia. Con frecuencia, los personajes femeninos se reúnen para contarse sus experiencias, y su discurso no es idealizante, como el masculino. Así, existen dos tipos de comunidad en las riberas del Tajo: la masculina, que tiende a la homogeneidad, y la femenina, cuyos miembros son variados. Galatea y Florisa, caracterizadas de esquivas, aceptan a Teolinda y a Rosaura, cuyo amor por Artidoro y por Grisaldo respectivamente las lleva a abandonar el hogar e ir en busca de sus amados. Hernández-Pecoraro subraya cómo si bien las manifestaciones individuales de subjetividad femenina se acaban reprimiendo, la constante reagrupación femenina en la obra mina la representación simbólica de la homogeneidad pastoril, o al menos muestra que puede haber formaciones sociales pastoriles alternativas.

La voz femenina se escucha también en *La Galatea* a través de quince poemas que se hacen eco de la alteridad que caracteriza a la comunidad de mujeres y que problematizan la ideología patriarcal. Partiendo del concepto de Judith Butler sobre la representación (o performatividad) del género (*Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. New York: Routledge, 1990; *Bodies that Matter. On the Discursive Limits of 'Sex.'* New York: Routledge, 1993), la autora juzga que los efectos de estos poemas en los lectores son impredecibles y que pueden por lo tanto interpretarse como soportes pero también como fisuras de los modelos de comportamiento femenino 'apropiados.' En el libro hay poemas femeninos que

rechazan el amor, y otros que se refieren a su impacto, positivo o no, pero todos tienen alcance subversivo. La variedad de opiniones expresadas por personajes femeninos en sus versos no tiene parangón en la práctica poética masculina. El camino está preparado para el desmantelamiento de la metáfora pastoril, al que se refiere la autora en su último capítulo.

A finales del siglo XVI España entra en un alarmante declive político, militar y socioeconómico que el modo pastoril no puede seguir reproduciendo simbólicamente. La corrupción latente de *La Diana* o *La Galatea* invade sin tapujos el panorama pastoril de obras como *La casa de los celos y selvas de Ardenia* y *Don Quijote*. Cervantes se vale en estas obras de la ironía para desmontar el sueño bucólico y abre un nuevo espacio para la alteridad y para la agencia y subjetividad femeninas, en franca oposición a la represión ideológica de la narrativa pastoril tradicional.

Bucolic Metaphors es parada obligada para el estudioso de la narrativa pastoril española, pues contribuye a esclarecer el vínculo, tantas veces obviado, entre literatura e historia. La idea de que la ficción pastoril tradicional reinscribe metafóricamente la compleja realidad del XVI es acertada, como también juzgo correcta su apreciación de que el género está en consonancia con la ideología patriarcal. La autora anticipa y solventa posibles complicaciones en su análisis, como la que concierne al papel de la subjetividad femenina en obras cuyo punto de vista es marcadamente masculino. Si bien se analizan pormenorizadamente tan sólo dos muestras del género, creo que otros libros de pastores se verían enormemente beneficiados de una lectura semejante.